

CARTA A ROQUE DALTON

RESERVA DE NARRATIVA CHILENA, 2

ISIDORA AGUIRRE

CARTA A ROQUE
DALTON



© Isidora Aguirre Tupper
Registro N° 21.083-90 (1990)
del Registro de la Propiedad Intelectual de Barcelona.
International Standard Book Number: 978-956-8681-02-9

© Derechos exclusivos reservados para esta edición
en todo el territorio hispanoparlante:
2008, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile.
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor creativa cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos y Carlos Labbé
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta edición se terminó de imprimir en agosto de 2008
en Grafhika Copy Center Limitada

Impreso en Chile

Prohibida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico, según las leyes 17.336 y 18.443 de 1985 de Propiedad Intelectual, sin la autorización de SANGRÍA EDITORA.

ÍNDICE

Lo que tiene de carta esta novela por Mónica Ríos.....	9
<i>Carta a Roque Dalton</i>	13
Epílogo: palabras por Roque por Ernesto Guajardo.....	185

LO QUE TIENE DE CARTA ESTA NOVELA.
SOBRE LA SEGUNDA EDICIÓN DE
CARTA A ROQUE DALTON
Mónica Ríos

Responde usted, exclama usted, usted guarda silencio. Como cualquier correspondencia, *Carta a Roque Dalton* está dirigida a alguien. Pero tal vez sea esto lo único que esta novela tenga de carta, porque la distancia que separa al que escribe con el destinatario supera con creces lo que se estila en cualquier carta: la muerte, esa que no deja que los cuerpos se relacionen a través de una escritura tan física como es la carta. Y así como todas las cartas escritas en la soledad, en la distancia o en la imaginación de alguien, *Carta a Roque Dalton* no sólo convoca a su interlocutor, sino que hace aparecer a la misma vez que crea a Roque Dalton.

Responde usted, exclama usted y me cuenta usted: estas frases no son sólo un recuerdo de algo que efectivamente sucedió en el pasado, sino también el acto de delinear los contornos del fantasma que se

aparece a los pies de la cama y que deambula por la habitación de la narradora. Porque está el Roque Dalton salvadoreño que sí escribió poemas, que sí estuvo en Cuba, que era amigo de la Revolución y cuya muerte tuvo que ver con ella. Pero también está el Roque Dalton que vivió la intimidad con la narradora hace ya décadas, ese que la miró, le dijo algunas palabras, habló con ella, la sedujo y la enamoró. Y también está el fantasma, ese que imagina la que escribe ahora y que comenta junto a ella esas cosas del pasado. Por lo menos queda la duda si es el típico espíritu que pena en las casas o si es, acaso, uno de esos fantasmas de los que habla la sicología; la aparición de la figura introyectada de una pérdida. La narradora, ¿escribe o transcribe, crea los diálogos o le son dictados? Fantasma real o fantasma creado —¿se puede hacer una distinción así? ¿Es más o menos incorrecto que un materialista dialéctico se aparezca en espíritu?—, tal como la imagen de la persona que está a la distancia esperando una carta, siendo convocado por quien le escribe, el fantasma de Roque Dalton le pertenece sólo a la narradora. Los gestos, las expresiones, las cosas dichas al pasar por la puerta de un bar, las miradas, pedazos de una persona que se

reagrupan en torno a la imagen difusa de lo que fue el objeto de la carta. La mirada, la mirada de tranquila melancolía que vuelve al fantasma de carne y huesos, y al hombre del pasado transparente: eran otros tiempos —los días de fiesta en la Casa de las Américas cubana—, pero también los mismos. La bohemia se parece poco a la vida recogida de ahora, tampoco sabe de igual manera el ron comprado en el supermercado, pero son idénticas las maneras de seducir, semejantes las relaciones truncadas por la distancia y por la muerte. Pero una pérdida, dicen, nunca es igual a otra.

Qué mejor manera de mandarle una carta a un poeta muerto que en un libro. Isidora Aguirre lo hizo por primera vez en 1990, a través de una editorial española, y como una carta que es devuelta a su remitente dieciocho años después, Sangría publica esta nueva edición que —bien lo sabe usted— está en sus manos.

Santiago, 23 de julio de 2008

CARTA A ROQUE DALTON

*Dicen que las cosas son de quien más
las ama. ¿Y los poetas, maestro?*

*«Con mayor razón», responde
usted.*

Maestro, me lo había dicho su amigo el poeta Lihn, pero no pude creerlo, ni él estaba seguro —escuchó la noticia en París «sin confirmar»—, así es que en el estudio de televisión de los *Domingos-a-todo-color*, cuando anunciaron a unas viajeras centroamericanas premiadas de cosméticos Jean-les-Pins entre las que había una compatriota suya, supe que a ella le iba a preguntar por su muerte. Es que antes de bailar la «cumbia» y el «carbonero» pronunció su misma, idéntica frase: «Como mi tierra no tiene folclore, se lo pedimos prestado al país vecino». (¿Se acuerda? Granja Experimental, tarde rosa, mucho ron bebido y usted cantando el corrido del Hijo Desobediente?) Me quedé anhelante, la pregunta doliéndome en la lengua mientras la concurrencia, a una seña del animador, se ponía en cuatro pies para gritar ¡un-dos-tres Nescafé! Entonces esa mujercita de lentes y trasero abultado le hizo un guiño a los de la orquesta para que la siguieran y empezó a menear las caderas en su baile prestado por el país vecino. Y yo, maestro,

pensando en su vida, tan todo lo contrario de lo que estaba ocurriendo allí, y en su CLARO GOLPE DE ALMA que me marcó para siempre.

No pude creerlo, le decía, porque no vislumbré un sino trágico en su frente, ni parecía ser de aquellos que desaparecen o se dejan matar. Más bien solía usted huir de sus cárceles con un conjuro, o con un terremoto.

Su muerte: un pequeño cataclismo silencioso en algún lugar del Caribe. Pero si no hacía tanto que estaba usted sentado en un escaño de mi cocina ante una taza de té y pan tostado, leyéndome sus últimos escritos, unos que hablaban de la guerra surrealista del fútbol, con esos héroes chistosos, a su imagen, supongo. (Usted y su andar desgarbado por los senderos del socialismo, flotando un poco en las ropas demasiado amplias: «Es que aquí no puedes escoger la talla.»)

¿Qué le pasó? ¿Le empezaron a doler sus muertos? ¿O esos hermanos suyos que llegaban a la Isla a reponerse de las torturas?

El animador, pura sonrisa en la pantalla, ahora daba voces echando a las viajeras premiadas: «¡Sáquenme de aquí a esta gente, rápido las próximas, apaguen el foco putamadre!». Empujada, gritada, enredándome en los cables, logré salir tras ellas. La luz violenta del mediodía

resquebrajó los maquillajes y se me confundieron los rostros. Doy al fin con su compatriota y le pregunto, sin preámbulos, si a ese poeta de su tierra que yo tanto admiro es verdad que me lo mataron. Me miró, ojos redondos detrás de los lentes, abrió un hociquito de ratón, pero no emitió ningún sonido. Quizá temía ir a dar a una mazmorra, de esas del nunca más se supo, por nombrar poetas prohibidos en países con regímenes de fuerza. Así es que repetí mi pregunta, reiterando mi admiración por usted, a ver si despertaba en ella algo de orgullo patrio.

—Sí. Dí'heron que ese poeta nuestro había muerto. (Fíjese en lo de «nuestro», ¡qué descarada!) Pero no murió en mi país. Fue en Guatemala, creo, o en La Habana.

Vea usted en acción la propaganda borradora de toda huella, corriendo al muertito para el país de al lado, que no despierte la honorable ciudadanía consumidora de los adelantos técnicos de las grandes potencias: ¡undostresnescafé!

Herida por la sentencia de la mujercita del carbonero volví al estudio a cumplir un aburrido deber sentimental. Una pareja del jet-set disfrutaba, gracias a una marca de cigarrillos norteamericanos, de un paraíso de felicidad en los canales de Venecia. Luego, sin sonido, nos dejan ver el lúgubre escrito de sanidad, advirtiendo que el

tabaco produce cáncer. Bueno, ya lo insólito se va haciendo costumbre. En el set de «las próximas», unas lolitas con rostros requetepintados de bebés eróticos se zarandeaban semidesnudas y con botas, entrechocando traseros y lanzando tan alto las piernas que parecía que se les iban a desprender. Detrás de las cámaras, el animador gesticulaba indicando que marcáramos el ritmo. Descargué la ira y la desazón que me provocó la noticia de su muerte en las manos de un viejo que batía palmas junto a mí. Clavé en ellas una mirada de escándalo y la mantuve fija hasta que las manos del viejo vacilaron, se detuvieron en el aire y cayeron mustias sobre sus rodillas. Desde un monitor invisible, usted me interrogaba: «¿Qué pasa, maestra?».

—Pasa que no debió ausentarse dando un paso fuera de este mundo, pasa que me duele pensar que no volveremos a estar juntos. Pasa que pudimos vernos una vez más, una vez más...

Espero que haya aprobado usted mi interrogatorio a la viajera premiada de cosméticos, y también su epitafio, aquel bodrio televisivo tan ajeno a lo que era usted. (¿Bodrio?, me pregunta usted. Según el diccionario es un caldo que le daban a los pobres en el que no destacaba ningún sabor.) O sea esa mala sopa del set, revoltijos

dedicados al consumismo, con sus vedettes de un minuto probando suerte ante la audiencia y el juez pito en la boca, y esas dueñas de casa que envían, ilusionadas, sus cuponcitos para participar en los concursos y miran con ojos vacunos los premios ofrecidos, artefactos de la llamada «línea blanca» o el auto nuevo, encintado como un toro de feria, dispuestas a gatear maullando y a cantar los slogans del consumo-luego-existo, esperando llevarse al menos una licuadora o un modesto paquete de fideos. Y usted, maestro, ¡SUPRIMIDO POR NO ESTAR DE ACUERDO!

¿Qué le parece? Esa fue su tumba. Su tumba provisoria, porque mientras no venga usted a decírmelo —ya verá cómo se las arregla— no voy a creer en su muerte. ¿No fue bien refinado de mi parte dedicarle este ritual?

—Muy interesante, tendríamos que revisar eso—hubiera dicho usted. (Su voz delgada aún no se abre paso entre los silbidos intermitentes de la noche.)

¡Y qué no hubiera descubierto, maestro! Experto como era en lo sorpresivo, mago de las emociones, virtuoso en contradicciones en las que todo cabe, macro y microcosmos, ideología y escatología, el amor más dulce y la muerte. ¿Sabe? La muerte, ahora que tiene su rostro, ya no me asusta.

Salí del estudio preguntándome cuál sería la expresión última de su rostro. ¿De dolor? ¿De inocencia? Ojos cerrados bajo el arco fino de las cejas, su digna nariz afilándose más y más, y usted, desde no sé dónde, confesándome: «No se crea, maestra, aquello no es tan negro como lo pintan».

Tal vez sea una irreverencia de mi parte, pero de veras siento que no pueda contarme esta postrer experiencia suya así como me contaba sus amoríos, sus libros, sus huidas de prisión: ya nunca sabré si fue fantasía o verdad lo del terremoto que derribó su celda en vísperas del interrogatorio cuando escribía en el muro barajando las treinta-y-tres posibilidades: «Hablo, me perdonan, hablo y luego me matan, digo la verdad, no me la creen, o la creen, los jijoeputa». Y viene ese remezón, seguido de otro y otro y usted escapa, caminando entre nubes de polvo y gente implorando al Señor, y al poco tiempo señalan su presencia en Praga.

¿O se libró también de la muerte y me telefoneará desde lejanas tierras para contármelo? Y con los primeros «ima'ínese, maestra» se borrarán de una plumada los años transcurridos y volveremos a instalarnos en el presente. Sin la ausencia. De no ser así, tendríamos que referirnos a su persona en «imperfecto», ese odioso tiempo verbal.

—Caray —murmura usted en algún lado, por no decir «cara'ó».

Pero de algo estoy segura: me contaría su muerte en forma magistral. Y yo, como siempre, dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo. Y una vez más su «sí-cómo-no» se hubiera enlazado a mi «claro-claro» en la penumbra del cuarto, la noche sin los relojes, ensanchándose, con usted y yo embarcados en la inconsciencia del PUROAMOR. En los remansos, quietos sobre la blanca llanura de las sábanas, volveríamos a intercambiar recuerdos (uno suyo por uno mío) y a descubrir nuevas coincidencias como aquella del español Gabino Gaínza metido en las guerras de independencia de su país y el mío tan apartados en la geografía. O que nuestros respectivos presidentes, al filo de los años treinta, masacraron campesinos con igual salvajismo y con unas proyecciones históricas —dijo usted— que analizaríamos más adelante, con una mesa entre los dos para evitar las tentaciones de la piel. Y en el último de los remansos, el alba filtrándose por los intersticios de la celosía, antes del sueño profundo, borrados los más recónditos pudores, me confesaría otro de sus más íntimos secretos (estoy recordando aquello del muerto que «le sobraba», maestro, el guardia al que le disparó cruzando una frontera

clandestina, y que era, quizá, uno de esos campesinos con uniforme que sueñan con el arado). (No, no he olvidado su recomendación de no mencionarlo jamás, menos aún por escrito. Pero, ¿qué importa ahora? Seguro que anda paseando con él entre nubes, explicándole que fue el miedo cabrón el que lo hizo apretar el gatillo, confiando, además, en la mala puntería de los poetas. Y habrá rematado su charla con uno de esos famosos chistes suyos, subidos de color y que contaba con tantísima gracia.)

¡Qué bueno era seguirlo a usted hasta cualquier fin del mundo, salir al rescate de los días pasados, barajando presente y futuro, hasta aterrizar de madrugada en una playa sin nombre dando las gracias a nadie por haber nacido!